

DESAPARECE UN RINCON QUE NOS HABLA DE UNA EPOCA DE ALEGRIA Y DE PATRIOTISMO

En el café-restaurant "La Diana" se reunían oficiales españoles y conspiradores cubanos.—Un rincón criollísimo que desaparece ante el influjo poderoso y extraño de lo actual.

Especial de EL PAIS, por DAVID AIZCORBE

La Habana se transforma. Se moderniza, precisamente a costa de hacer desaparecer lo que en ella hay que nos habla de un pasado de recuerdos alegres, sentimentales, patrióticos...

La Habana de hace treinta años no tenía estas bellezas arquitectónicas de la de hoy. Ni los establecimientos lujosos. Ni las avenidas amplias y asfaltadas. Pero contaba con rincones en los que la juventud de la época, lo mismo conspiraba por lograr la independencia de la patria, como servía para pasar alegremente las madrugadas.

Precisamente en estos días ha desaparecido uno de esos rincones memorables de la Habana, lleno de recuerdos para varias generaciones y muy especialmente para los que hoy ya peinan canas. Nos referimos al antiguo café y restaurant "La Diana", situado en una de las esquinas que forman las calles de Reina y Aguila.

Una de estas mañanas invernales, ante el asombro de los habaneros, las puertas del viejo establecimiento aparecieron cerradas. Para los jóvenes de hoy quizás tal acontecimiento no dirá gran cosa. Pensarán que allí ha de levantarse un gran edificio que modernice a la ciudad. Quizás que dentro de unos días pueda abrirse nuevamente el establecimiento, rejuvenecido, convertido en una de las tantas barras o "parados", en los que lo mismo se toma una copa de cerveza junto al mostrador, como se come un plato de arroz con frijoles. Si acaso, pensarán los representantes de la actual juventud, que el antiguo café y restaurant se transformará en otra clase de establecimiento que se dedique a peletería, a sastrería o a venta de ropa hecha...



Con sus puertas cerradas, "La Diana", el antiguo café-restaurant que se levantaba en la esquina de Reina y Aguila, parece un mudo testigo de una vida habanera que pasó para no volver...

Pero para los que peinan canas, para los que supieron de la vida brillante y esplendorosa del café "La Diana", esas puertas cerradas serán como pesadas losas que se interponen entre la vida de ayer y la de hoy.

Y pensarán en aquellos días de la colonia, en que los altos oficiales del ejército español se reunían en las charlas mañaneras a tomar las copas de aperitivo, mientras los voluntarios españoles cruzaban para formar en las paradas memorables del Campo de Marte. Y, como haciendo un contraste con tales manifestaciones del militarismo colonial por las noches, los jóvenes cubanos, en los reservados del antiguo café, mientras cenaban el caliente arroz con pollo, conspiraban fomentando la revolución libertadora...

También recordarán aquellas noches inolvidables de juergas y parrandas, cuando Armando Romero—El Bizco de la Diana— en aquel piano que estaba frente a una de las puertas que dan a la calle de Aguila, realizaba verdaderos prodigios en el blanco teclado, tocando aquellos danzones que lo hicieron famoso.

O, asimismo, vendrán a su memoria las piezas musicales que en el violín interpretaba el viejo ciego Pablo Casals, con su chaqueta chorreada de café, flaco, enjuto, como una figura fantasmal, que cruzaba las calles, a altas horas de la madrugada, cuando terminaba su trabajo, con su violín bajo el brazo y sin lazarillo que lo condujese...

"La Diana" era el punto de reunión, después de la salida de los

2)

teatros y a la terminación de los bailes de Boloña y del Palais Royal, del elemento trasnochador, alegre, rumbreo... Voces de mujeres y de hombres que cantaban, que reían, dentro de los reservados, influenciados por el espíritu del alcohol, mientras amplias banjetas que llevaban los camareros con succulentas comidas cruzaban por los estrechos pasillos.

Los hermanos Menéndez, Celestino y Alfonso, dueños de "La Diana", diligentes y aplanados, de un lado para otro, atendiendo a la marchantería.

Y los coches, con sus jamegos semi-dormidos y sus aurigas aletargados en los pescantes, esperando en fila en la piqueta de la calle de Aguila a que las alegres parejas sanieran ya de madrugada, borrachas y cansadas, para conducir las a sus respectivos domicilios, rompiendo con el repiquetear de sus timbres el silencio de las calles habaneras, desiertas, solitarias...

Eso era el café "La Diana" que ahora acaba de cerrar sus puertas. Es un pedazo de la Habana antigua que se va para no volver...

*País.
Feb. 9/40*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA